

DOMINGO XXXII ORDINARIO DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE SAN JUAN DE LETRÁN

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la Iglesia universal celebra con gozo la Fiesta de la Dedicación de la Basílica de san Juan de Letrán, la catedral del Papa, madre y cabeza de todas las iglesias del mundo. No celebramos un edificio de mármol ni un monumento antiguo. ¡Celebramos el misterio de la Iglesia viva, del pueblo santo de Dios, del templo espiritual que somos cada uno de nosotros! Esta fiesta nos invita a mirar nuestros templos -de piedra y de carne- y a redescubrir su sacralidad, su significado, y el respeto y amor que debemos tener por la Casa de Dios.

El profeta Ezequiel contempla un torrente de agua que brota del templo y se convierte en un río inmenso que da vida a todo lo que toca. A donde llega ese río, todo revive: las aguas saladas se purifican, las orillas florecen, los peces abundan. ¡Qué imagen tan poderosa! El agua que brota del templo es símbolo de la gracia de Dios, de su vida que se derrama sobre el mundo. Es el río del Espíritu Santo, que brota del costado de Cristo, del nuevo y verdadero templo, y que sana, purifica y da vida. ¿No sentimos también nosotros la sed de ese río? ¿No anhelamos que la gracia que brota del altar renueve nuestras vidas secas y nuestras familias cansadas?

En el Evangelio, Jesús entra en el templo de Jerusalén y lo encuentra convertido en un mercado. Con santa ira, arroja a los vendedores y dice: “¡No hagan de la casa de mi Padre una casa de ladrones!” Y cuando los judíos le preguntan con qué autoridad hace eso, Él responde: “Destruyan este templo y en tres días lo levantaré”. El evangelista aclara: “Jesús hablaba del templo de su cuerpo”. ¡Aquí está el gran misterio! Cristo mismo es el nuevo templo, el lugar donde el hombre encuentra a Dios y donde Dios habita entre los hombres.



Ya no necesitamos un santuario de piedra para ofrecer sacrificios, porque el sacrificio perfecto es Él. De su costado abierto en la cruz brota el río de Ezequiel: el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia.

¿Qué celebramos hoy? Celebrar la dedicación de Letrán es recordar nuestra comunión con la Iglesia de Roma y con el Papa, sucesor de Pedro. Pero, sobre todo, es una fiesta de gratitud y conciencia: agradecemos el don de tener un templo donde habita el Santísimo, y tomamos conciencia de que cada iglesia consagrada es signo visible del misterio invisible de la Iglesia viva. Por eso, cuando un templo se dedica a Dios, se unge con crisma el altar y los dinteles de las puertas, se incienso, se ilumina, se depositan reliquias de los santos... Todo eso nos enseña que esa casa ya no es un espacio cualquiera, sino tierra santa, morada de Dios, puerta del cielo.

Hermanos, el templo no es un salón, ni un teatro, ni un centro comunitario. El templo es casa de Dios y casa del pueblo de Dios. El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que las iglesias visibles “significan y hacen visible la Iglesia viva, la morada de Dios con los hombres” (CIC 1180-1181). Y la Constitución Apostólica Sacrosanctum Concilium nos recuerda que el arte sagrado y todo lo que decora la iglesia debe servir a la noble belleza que eleva la mente hacia Dios (SC 122).

El espacio sagrado se distingue de lo profano porque está consagrado, reservado, apartado para el culto. Por eso, cuando entramos en él, cruzamos un umbral: pasamos del mundo ruidoso y disperso al silencio que adora. ¡Qué maravilla! ¡Qué privilegio tan grande tener un lugar donde el Cielo toca la tierra!

Pero debemos recordar que nosotros también somos templos, San Pablo nos lo dice con fuerza: “¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en ustedes?” (1 Co 3, 16). Y san Pedro añade: “Acerquense a Cristo, piedra viva, y ustedes también sean piedras vivas para edificar un templo espiritual” (1 Pe 2, 4-5).



Cada uno de nosotros es, pues, un templo vivo del Espíritu. Y si el Espíritu de Dios habita en nosotros, ¿cómo tratamos ese templo interior? ¿Lo cuidamos, lo limpiamos, lo adornamos con la gracia y la caridad? O, como en Jerusalén, ¿hemos dejado que se convierta en un mercado de ruido, de intereses, de orgullo?

Queridos hermanos, redescubramos el respeto y la reverencia por la Casa del Señor.

- 1.Silencio sagrado: La Instrucción General del Misal Romano (n. 45) nos pide silencio antes, durante y después de la Misa. No es rigidez, es amor. ¡El silencio deja hablar a Dios!
- 2.Reverencia: Hacer la genuflexión ante el Sagrario, vestir con decoro, acercarnos al altar con fe.
- 3.Participación interior: Cantar, responder, escuchar con el corazón. ¡La liturgia no es espectáculo, es encuentro!
- 4.Caridad: El templo es casa del Padre para todos. Recibir con amabilidad al que llega, perdonar al que nos ofendió, tender la mano.
- 5.Belleza y cuidado: La limpieza, el orden, las flores, las luces, todo debe reflejar el amor que tenemos a nuestro Dios.

Porque, hermanos, cuando el templo se respeta, el alma se eleva; cuando se profana, la fe se enfría.

Así como el río de Ezequiel salía del templo para dar vida a todo lo que tocaba, también de nuestros templos debe salir la vida de Dios hacia el mundo. Que nuestras parroquias sean oasis en medio del desierto espiritual; que nuestras iglesias respiren silencio, belleza y santidad; que nuestras almas sean templos vivos donde Cristo reine.



Preguntémonos hoy con sinceridad: ¿Amo la casa de Dios? ¿Entro en ella con fe, o con rutina? ¿Salgo transformado, o igual que llegué? Pidamos al Señor que renueve nuestro cielo, como el de Jesús, que gritaba: “El cielo por tu casa me devora” (Sal 69, 10). Que María, Mater Ecclesiae, nos enseñe a cuidar la Casa de su Hijo y a ser templos vivos donde los demás puedan encontrar al Dios vivo.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador